

UN PUENTE PARA DOS MUNDOS

Dicen que hay puentes grandes, pequeños, anchos o estrechos, pero los más difíciles no están sobre los ríos, sino entre las personas. Yo lo entendí cuando supe que el puente más grande que tenía que cruzar era el que me separaba de mi familia.

Desde pequeño sentía que no encajaba del todo. En mi barrio todos soñaban con tener una moto o un balón nuevo, pero yo era diferente, yo soñaba con tener una vida mejor. Soñaba con una casa donde nunca faltará comida, que mi madre pudiera volver a ser profesora y que mi padre no tenga que destrozarse las manos para sobrevivir. Pero en Bamako, pensaban que soñar era una pérdida de tiempo ya que soñar era algo que costaba mucho.

Vivíamos los cuatro: mi padre, mi madre, mi hermana Amina y yo. La casa era pequeña, hecha de barro y chapa, pero dentro había amor. Mi madre siempre decía que lo más importante era tener esperanza, aunque sus ojos a veces se llenaban de lágrimas cuando pensaba que nadie la veía. Ella había sido profesora y cada tarde les quitaba el polvo a sus cuadernos y planchaba su uniforme de profesora, como si esperara que algún compañero suyo viniera a buscarla para ir juntos a trabajar.

Mi padre trabajaba en la construcción, y cada noche llegaba con las manos heridas. Casi no hablaba, solo respiraba fuerte y se quedaba mirando al suelo. Hasta que un día, cuando volvía camino a casa después de trabajar, un camión le atropelló. Le rompió una pierna. Desde aquel día ya no podía trabajar y perdió todas las esperanzas.

Mi hermana Amina era la más alegre de la casa. Siempre reía, aunque a veces la encontraba llorando en silencio. En muchas cenas solo había arroz blanco y té, pero mi madre decía “mientras estemos juntos todo saldrá bien”. Yo la escuchaba pero por dentro sentía que no era verdad.

Una noche le dije a mi madre:

—Mamá, quiero irme. Quiero ayudaros, quiero trabajar en otro país.

Ella me miró con los ojos rojos y me dijo:

—Ismael, hijo, el mundo fuera no te espera con los brazos abiertos, hay fronteras que matan.

—Si me quedo aquí moriremos igual —le conteste, intentando que no se notara que me temblaba la voz.

Pasaron meses hasta que logré reunir dinero para pagar el viaje. Trabajé de lo que fuera, cargando sacos, limpiando coches, vendiendo fruta. Guardaba las monedas en un hueco debajo del suelo de mi habitación. Tarde casi un año en juntar todo el dinero.

La noche que me fui, dejé una carta sobre la mesa. “Me voy, pero volveré. No me olvidéis”. Salí sin mirar atrás, aun sabiendo que mi hermana me observaba desde la ventana. Caminé hasta una gasolinera y me escondí debajo de un camión que iba hacia Mauritania.

El viaje fue horrible. El color me quemaba la piel, el polvo me cegaba. No podía moverme ni respirar bien. Cuando llegué a Mauritania, seguí en autobús hasta Argelia, comiendo pan duro y bebiendo agua caliente.

En la frontera con Marruecos fue un infierno. Policías, gritos, golpes. Me hice una herida en la pierna al saltar la frontera. Corrí y corrí sin mirar atrás hasta llegar a Berkane. Con las últimas monedas tome un autobús a Nador. Cuando vi el mar, sentí miedo. Era enorme, infinito. Pero también era mi última esperanza hacia mi futuro deseado.

Esa noche me metí en el agua. Las olas me golpeaban y casi no podía respirar. Pensé que iba a morir. Rezaba a dios y recordaba a mi familia y porque lo estaba haciendo mientras tragaba agua. Horas después vi luces. Era Melilla, lloré tanto que me dolió el pecho, al fin vi esperanzas.

Cuando desperté estaba en un centro de menores. Me dieron comida y ropa limpia. Aprendí español poco a poco, trabajaba en el huerto y escribía cartas que nunca llegué a enviar. Pero yo no quería quedarme ahí. Quería avanzar.

Un día me escape. Me escondí en un ferry que iba dirección a Motril. Estuve colgado en el borde del barco, con el viento pegando muy fuerte, logré subir al ferry y me alegré. Cuando llegué a mi destino, no conocía a nadie ni nada. Camine por las calles sin saber a dónde ir, tenía hambre, frío y miedo.

Intenté pedir ayuda, pero muchos me miraban mal. Una señora pasó cerca y le dije:

—¿Podría darme un poco de pan?

Ella bajó la mirada y siguió andando.

Dormí en la calle fría y oscura, detrás de unos cubos de basura. Llovía y mi ropa estaba empapada. Sentía que me moría de hambre. Entonces escuche una voz:

—Ey chico ¿estás bien? —Era un hombre mayor, con barba blanca y un paraguas roto.

— Tengo hambre —le dije en bajito—, no he comido desde ayer.

—Ven conmigo, tengo pan y sopa —me dijo sonriendo.

Fuimos a su casa, que era muy pequeña pero cálida. Me dio comida y me dejó dormir en un colchón viejo. Al día siguiente me preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

— Ismael —le respondí.

— Yo soy Antonio. No tengo familia, pero ahora ya no estoy solo.

Antonio me consiguió un trabajo en una granja en Murcia. Fui con él en tren.

Recuerdo que cuando llegamos, todo me parecía enorme y extraño. Los campos eran verdes, y la gente hablaba muy rápido. Trabajaba recogiendo patatas y tomates todos los días bajo el fuerte sol.

Un día un compañero me empujó porque creía que yo ganaba más dinero que él. Me caí y me hice daño en la cabeza. Antonio me llevó al hospital. Cuando desperté, él estaba sentado al lado de la cama del hospital.

—¿ Por qué me ayudas tanto? — le pregunté.

— Porque cuando era joven también estaba solo —me respondió—. Y alguien me salvó, como yo intento hacerlo contigo ahora.

Viví con él dos años. Trabajé duro, aprendí español mejor, ahorré. Cuando al fin tuve suficiente dinero, volví a Mali.

Mi hermana Amina ya era una mujer y mi padre caminaba con bastón. Me abrazaron llorando. Pero cuando pregunté por mi madre, Amina bajó la mirada.

— Murió hace dos meses, Ismael...

Sentí como si todo el mundo callara, pensé en todo lo que tuve que pasar para verla feliz, pero al volver la encontré feliz en el cielo. Fui corriendo al cementerio y busqué su tumba como loco, al encontrarla corrí y abracé su tumba. Lloré como nunca esa vez.

Pasó el tiempo y logré traer a mi padre y a mi hermana a España. Vivimos los tres en Barcelona. Mi padre tiene un pequeño restaurante de comida africana. Amina estudia derecho, dice que quiere ayudar a las personas que vienen de otros países.

Yo trabajo mucho, tengo un pequeño taller, y aunque a veces me siento cansado, miro al mar y recuerdo que ese mar que casi me mató, también me dio una buena vida.

Una tarde, mientras miraba las olas, pensé en todo lo que me ha pasado en los últimos años. Cerré los ojos y juraría escuchar la voz suave de mi madre diciéndome “Lo lograste hijo, lo lograste”. El viento se llevó la voz de mi madre. Me quedé mirando en silencio las olas durante un largo rato. Allí entendí que el verdadero puente no fue entre España y Marruecos, ni entre la pobreza y la esperanza. Fue entre el miedo y el valor, entre rendirse y seguir.

Y en ese momento, por primera vez en mucho tiempo, sonreí.